

UNA MUJER VALIENTE Y DECIDIDA EN BUSCA DE SU DESTINO

LA
CAPITANA

*Graciela
Ramos*



SUMA
AL DESTINO

Graciela Ramos

La capitana

Una mujer valiente y decidida en busca de su destino

Suma de letras

Al sagrado corazón de Jesús,
por iluminar cada día mi camino. ¡Gracias!

Invictus

*En la noche que me envuelve,
negra, como un pozo insondable,
doy gracias al Dios que fuere
por mi alma inconquistable.*

*En las garras de las circunstancias
no he gemido, ni llorado.*

*Ante las puñaladas del azar,
si bien he sangrado, jamás me he postrado.*

*Más allá de este lugar de ira y llantos
acecha la oscuridad con su horror.
No obstante, la amenaza de los años me halla,
y me hallará, sin temor.*

*Ya no importa cuán recto haya sido el camino,
ni cuantos castigos lleve a la espalda:
Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma.*

William Ernest Henley

PRIMERA PARTE

EN ALGÚN LUGAR, JUANA

El viento anunciaba que en un rato más llegaría la lluvia. Se sentía húmedo y fresco. Juana comenzó a bajar del árbol, tomando entre sus brazos el libro que estaba leyendo. Cuando estuvo a tiro del piso, saltó. Cayó y quedó en cuclillas. Cuando abrió los ojos, allí estaban los pies metidos en las sandalias de cuero gastado, las uñas sucias y encarnadas. Levantó la vista despacio.

—Juana, Juana... ¿Cuántas veces tengo que repetirte que leer arriba del árbol no es buena idea? —le dijo el padre Bartolomé, al tiempo que le tendía una mano para ayudarla a ponerse de pie.

Juana le devolvió una sonrisa.

—¿Qué estás leyendo?

La niña ocultó con sus brazos el libro y se puso a correr.

El padre Bartolomé la siguió con la mirada, un poco preocupado. Le había enseñado a leer y a escribir, también latín y algo de inglés. Era pequeña, tenía trece años. Se preguntaba si sabría manejar ese conocimiento en el futuro, y siendo una mujer.

Siguió su camino hacia el asentamiento, recordando el día que él mismo la había encontrado. Regresaban de entregar una partida de mulas, cuando escucharon los gritos y llanto de un bebé. Allí estaba, en el medio de la espesura, entre los cadáveres de cuatro mujeres, dos blancas y dos negras. No había pertenencias, tal vez se las habían robado. Tomó a la criatura en brazos, la puso sobre el carro y siguieron su camino. No tenía facciones de india, tampoco era negra. ¿Quién era esta niña? Tal vez nunca lo sabrían.

El padre Bartolomé pertenecía a un grupo reducido de curas evangelizadores, que luego de la expulsión de los Jesuitas habían logrado regresar para continuar con su trabajo.

Llevaron a la niña al asentamiento. Allí la bautizaron y le pusieron de nombre Juana. No tenía apellido ni fecha de nacimiento. El padre Bartolomé se la entregó a Teresa, una negra muy joven y soltera, para que la criara bajo su supervisión.

Allí pasó Juana la primera parte de su vida, correteando libre entre los curas que luchaban por sobrevivir y evangelizar, los negros que solo trabajaban y no sabían para qué y los indios que veían cómo sus historias iban cambiando a través de los días.

Juana era feliz. Participaba activamente de la vida del lugar y aprendía las tareas que más le gustaban: la huerta, la cocina y el cultivo de plantas medicinales.

Día a día iba creciendo bajo los cuidados y la dedicación de Teresa, quien al hacerse cargo de la niña, había encontrado un sentido a su vida. Muchas veces, Teresa se quejaba con el padre Bartolomé ya que Juana tenía un carácter que no era fácil de controlar, era dominante y rebelde, y al mismo tiempo, cariñosa y seductora.

Le gustaba espantar a las gallinas e inventar trampas para atrapar animales. Con el tiempo, Teresa aprendió a responder a los improperios de Juana; la quería como si ella misma la hubiese parido. La niña le había recordado que en ella aún había amor, y mucho.

El cotilleo comenzó en el asentamiento desde el momento que Juana había aparecido sin explicaciones de los curas. Algunos llegaron a decir que era hija de una india con algún cimarrón; se trataba de una niña muy particular, de tez blanca, cabellera negra y espesa y ojos verdes, felinos y transparentes.

Juana fue creciendo entre las dudas que la seguirían durante toda su vida: "¿Quién soy, quiénes fueron mis padres, habré tenido hermanos?". Todas preguntas y ninguna respuesta.

El asentamiento tenía una gran parte dedicada a la siembra y otra, no menos importante, a la crianza de animales. Dos veces al año los

curas salían con los carros llenos con las cosechas y las mulas. Los llevaban hasta la capital del Virreinato, Buenos Aires, allí lo canjeaban por comida y otros menesteres que ellos necesitaban para continuar con su misión.

Durante mucho tiempo se repitió la rutina en sus días. Juana se levantaba al amanecer, sin que Teresa tuviera que interferir. Prendían el fuego, y antes de preparar la primera comida del día, se juntaban todos a rezar en la precaria capilla que habían construido los curas. Luego, cada uno iba a ocuparse de sus tareas. Juana corría a ver la huerta, si había algo para cosechar, lo hacía. Luego de armar grandes aspavientos correteando a las gallinas, juntaba los huevos frescos. Regresaba más tarde y se iba al cubículo que tenía el padre Bartolomé: la planta de manzanilla, orégano, azafrán, romero, mostaza, menta... tantas variedades. Todas tenían propiedades salutíferas. El padre Bartolomé dedicaba tiempo a enseñarle a Juana las propiedades de cada una. Cómo prepararlas, cómo hacer infusiones o secarlas para su conservación, cómo mezclarlas con productos químicos y lograr ungüentos para curar heridas. Juana estaba apasionada, el conocimiento le cambiaba la vida cada día. Extendía su mundo a lugares y tiempos indómitos.

Poco a poco se fue convirtiendo en una personita muy especial. Era la discípula preferida del padre Bartolomé quien, por supuesto, ya tenía planes para ella.

Siempre fue solitaria, cuando terminaba sus tareas se recluía en los árboles a leer, o recorría el campo buscando y oliendo plantas diversas. Así fue como varias veces regresó con la nariz roja de urticaria; ella misma se preparaba los ungüentos para curarse. También le gustaba investigar en los nidos, en los árboles y en la tierra. Solía meter palos en las cuevas para comprobar la profundidad y disfrutar del vértigo, esperando que algún bicho saliera disparado. Eso sí, le tenía terror a las víboras y le apasionaba espiar a las lechuzas.

Tenía un perro cimarrón que la seguía a todos lados. Nunca supieron de dónde había salido. Cuando Juana lo encontró, supo que estarían juntos para siempre. Lo bautizó con todos los rituales y le

puso de nombre León. Disfrutaba de las caras de respeto cuando pasaba, orgullosa, con su perro detrás.

Los años pasaron sin descanso, y Juana comenzó a florecer en su pubertad. Fue Teresa quien la ayudó a ablandar un cuero seco, y con sus hábiles manos, trenzó unos tientos por fuera para que Juana pudiera tapar las vergüenzas que estaban apareciendo. El padre Bartolomé agradeció el detalle, y puso más énfasis en la educación cristiana. Comenzó a proveerle libros de San Agustín y a obligarla a leer la Biblia una vez por día con la excusa de que le servía para practicar su latín. “El libro de Dios”, le decía Juana.

Teresa le había contado en secreto que había escuchado que tenían planificado mandarla al convento. Le explicó que en los conventos se hacían curas mujeres. A Juana no le gustó para nada la idea, pero se quedó callada. Teresa le agregó al chimento que tendría que limpiar y cocinar a cambio de la educación. También le dijo que las monjas eran bien malas y que se les había espesado el carácter por estar tanto tiempo encerradas.

Juana trataba de hacer sus propias averiguaciones sobre el convento. Todos sabían que Teresa era bien fabuladora, pero claro, allí nadie le contaba nada. Los negros trabajaban hasta morir, los indios eran evangelizados y luego mandados en encomiendas, y los curas eran herméticos con la información. El resto eran criollos que trabajaban por encargo y luego se iban.

Un año más tarde se incorporó al grupo de religiosos un jovencito de veinte años, que usaba sotana negra y era muy devoto de San Benito. Los curas se lo permitían, allí las reglas católicas estaban adaptadas a la supervivencia de todos. Su nombre era Andrés Julián Ortiz.

Era un joven muy agradable. Había llegado al campamento haciendo un favor al padre Bartolomé, trayendo diez negros maltrechos para trabajar. A cambio, lo dejaba estar una temporada con ellos. Andrés quería hacer una experiencia en el asentamiento, y ese había sido el trato, siempre bajo las condiciones y supervisión de su mentor.

En cuanto llegaron los negros, se pusieron en campaña por mejorar la salud y ponerlos a trabajar enseguida. Juana los observaba y le llamaba mucho la atención las marcas que llevaban. Teresa le contó de los carimbos, que era el nombre del instrumento que calentaban con las brasas y usaban para realizar esas marcas. La niña quedó muy afligida por la historia y el destino de los negros. Entonces, se dedicó a ayudar al padre Bartolomé a curarlos con las infusiones y los ungüentos, bajo la mirada de admiración del recién llegado padre Andrés.

“¿Cómo se podía ser cura tan joven?”, pensaba Juana. A ella le incomodaba la mirada de Andrés, sentía que recorría su cuerpo con un brillo especial en los ojos. Teresa le había contado que los hombres, más allá de los colores o religiones, lo único que querían de las mujeres era desgraciarlas y usarlas para satisfacer sus instintos diabólicos. A partir de ese día, Juana reforzó sus oraciones y pedidos de protección a Dios.

Desde que llegó el joven, el padre Bartolomé sintió mucho aprecio por él. Andrés llevaba siempre un libro debajo del brazo; como a Juana, también le gustaba mucho leer. La niña, que durante las misas del padre Bartolomé se dormía casi todo el tiempo, cuando las empezó a oficiar el padre Andrés, ya no se durmió más. Juana sentía que eran muy estimulantes y que brindaban una mirada más alegre hacia Dios.

En sus misas, el padre Andrés leía algunas partes de la Biblia o de algunos libros que él mismo llevaba. Explicaba el sentido de la vida, de la solidaridad, de la felicidad, usando palabras fáciles y entendibles para todos. A Juana la seguía intrigando el nuevo curita Andrés. Si bien era agradable, se mostraba simpático y solidario con todos, algo la inquietaba de él. Tal vez fuera su juventud...

Todo cambió para Juana cuando una noche, mientras se deleitaba con el cielo invadido de estrellas, acostada sobre el pasto detrás de la huerta, y disfrutaba de los aromas que llenaban su cuerpo y hacían perfecto el momento, sintió una mano que le tapaba la boca.

Fue el primer indicio del derrotero que tomaría su vida. Luchó con todas sus fuerzas, pero no pudo. Se sumaron más manos que manipulaban su cuerpo como si fuera una pluma. La levantaron y la llevaron detrás del gallinero. Allí, tirada en el piso, bajo la luz de las estrellas, sintió cómo invadían su vergüenza. Mientras uno la manoseaba con las manos ásperas y callosas, el otro buscaba impacientemente abrir sus piernas para introducir su enloquecido miembro. Sintió la puntada en la ingle como si un cuchillo hincara su vagina. Ahogó el grito en la mano de uno de los desconocidos. La cabalgaron salvajemente. Después de un rato de resistencia y dolor, Juana entregó su cuerpo, así dolía menos. En su mente solo imploraba por su Dios, que la salvara de esos salvajes. Nadie la escuchó. Cuando terminaron de saciar sus vicios la dejaron tirada en el piso, desnuda, lastimada, totalmente vejada. Allí quedó, en posición fetal, llorando su desgracia, deseando la muerte. Decepcionada de su Dios.

Así la encontró Teresa a la mañana siguiente.

—Todavía no estaba *avivada* y estos salvajes la han *desgraciao* —le dijo desesperada al padre Bartolomé. A los gritos y entre llantos le contó los detalles de cómo la había encontrado tirada detrás del corral de las aves.

Teresa limpió cuidadosamente a Juana y luego le hizo lavajes internos con perejil para sacar los restos de los insurrectos, salvajes. La muchacha quedó tirada en la cuja un día entero, sin hablar.

—Que Dios me le saque todos los diablos —repetía la negra entre cada oración, mezclada con cánticos africanos.

El padre Bartolomé estaba muy afligido con lo sucedido. No podía mirar a Juana a los ojos. Le habían arrancado su pureza y eso la transformaba en una persona diferente. La situación le quitaba el sueño, él quería mucho a esa niña, pero lo que había pasado cambiaba definitivamente el rumbo de las cosas.

Cuando el padre Andrés se enteró sintió una profunda impotencia y el impulso de hacer justicia. Al principio, la miraba en silencio detrás de la cortina, la veía enrollada en la cuja y se le estrujaba el corazón. Luego de largas conversaciones con Teresa la llevaron has-

ta el fogón, allí Andrés buscó un tronco y se sentó delante de la niña.

—Juana, lo que te pasó es horrible, es lo peor que le puede pasar a una mujer. Quiero que sepas que te entiendo y que no todos los hombres son así, también hay hombres buenos. Y, además, quiero que sepas que los voy a buscar y les voy a hacer pagar lo que te hicieron —terminó con vehemencia.

Las últimas palabras llamaron la atención de Juana quien levantó la vista y pudo ver el enojo y la impotencia en los ojos del padre Andrés. Entonces le regaló una débil sonrisa.

No habló esa noche, solo escuchó a Andrés y a Teresa, bebió la tisana, y no alejó un solo minuto la mirada de las llamas.

Juana fue diferente a partir de ese día. Su mirada había perdido el brillo, se la veía mansa. Ya no corría suelta por el campo como lo hacía siempre. Tanta desconfianza que ella le tenía al padre Andrés y al final había resultado ser bueno. Se quedaba con ella, haciéndole compañía, todo el tiempo necesario.

A partir de la tragedia, a pesar de las protestas del padre Bartolomé, Andrés nunca más la dejó sola. Leían juntos, experimentaban con las hierbas medicinales buscando nuevas especies para curar a las personas. Cuando encontraban alguna que les llamaba la atención, la analizaban y observaban cómo se comportaba, cuál era su evolución y luego la probaban como remedio. Se entretenían mucho con ese juego que terminó siendo toda una ciencia para ellos, siempre bajo la mirada atenta del padre Bartolomé.

Un día, Andrés le contó a Juana que después de lo acontecido con ella, el padre Bartolomé había acelerado los trámites para llevarla al convento. Le aclaró que su gestión había sido insistente, ya que no era fácil ingresar al noviciado. Se trataba de un derecho reservado, y educación exclusiva, para determinadas personas, pero que como ella era tan habilidosa, sabía leer, escribir y tenía un determinado grado de cultura, eso había ayudado. También recalcó que allí podía pensar en una vida tranquila entregada a Dios.

A Juana nunca le había entusiasmado la idea, pero jamás lo hizo saber. Había tanta esperanza puesta en ella dentro del convento, que no quiso desilusionar a nadie, luego vería...

Indefectiblemente el día de la partida llegó. Tenía que irse, dejar ese lugar que había sido su casa.

Lloró junto a Teresa desde el momento que se enteró. El padre Bartolomé le preparó una bolsa con libros; entre ellos iba una Biblia.

Andrés no podía ocultar su tristeza, se había encariñado con la niña. Le prometió viajar a visitarla muy pronto y ayudarla a adaptarse a su nueva vida.

—No tengas miedo, Juana, la vida con Dios es muy tranquila —le dijo, tratando de sonar animado.

Juana lo miró en silencio. Estaba devastada, esa fue la primera vez que sentía su soledad, la falta de familia y la desazón. La incertidumbre de tener que enfrentar una vida sola, sin saber qué hacer. Lo único que tenía muy claro, en el recodo más profundo de su corazón, era que no iba a ir al convento. Pero no se lo dijo a nadie, ni siquiera a Teresa, la mujer que había oficiado de madre todos esos años, a quien siempre iba a estar agradecida y que era la persona que hubiera querido llevarse con ella.

Subió a la carreta destartalada. No sabía el nombre del lugar al que iría, no le importaba. Guardó con desgano la carta que debía entregar a alguna madre superiora de la que ni siquiera había retenido el nombre. Su mirada, húmeda de lágrimas, se fijó en los ojos de Teresa y luego en los del padre Andrés. Su perro, León, subió a la carreta, le lamió el rostro, como secándole las lágrimas, y luego regresó a apostarse al costado del padre Andrés.

Juana sintió una puntada en el pecho que le cortaba la respiración. Una sensación de impotencia que la invadía al tiempo que estaba paralizada, expuesta allí, sentada en la carreta que comenzó a moverse. Viajaban siete personas, cuatro indios que iban en encomienda, dos criollos que llevaban algunos bultos para negociar y Juana.

El traqueteo comenzó a bambolear el carro para todos lados, Juana se tomó del parante de madera gastada y filosa, mientras observaba cómo las figuras de Teresa, el padre Andrés y León se iban achicando a medida que avanzaban, hasta que a la vuelta de una lomada, ya no los vio más. El dolor en el pecho era cada vez más fuerte, sentía que no podía respirar, quería vomitar. Quería saltar de allí y correr. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué seguía allí, sentada, yendo a quién sabe dónde? ¿El miedo la había paralizado o simplemente estaba aceptando caminar su propio destino?

Otro mundo la esperaba. Allí iba, sola, sin futuro ni historia. No sabía quién era, ni de dónde venía. Tampoco sabía hacia dónde iba. Se sacó el crucifijo que le había puesto el padre Bartolomé en el cuello, lo tomó con ambas manos, lo besó varias veces y se puso a rezar.

Al segundo día de viaje comenzó a sangrar por la vagina. “Dios tomó su revancha”, pensó. ¿No podía esperar un poco más a que terminara el viaje? Juana había aprendido que su vida estaba escrita por Dios. Lo bueno y lo malo. Ya no le gustaba tanto cómo lo hacía. Los acompañantes de la carreta la habían puesto en una esquina, apartada, por el mosquerío que atraía. El alivio llegó cuando, luego de varios días, pararon a la vera de un río. Juana se metió en el agua y se refregó minuciosamente; quería sacarse tanto la angustia que la acechaba como la sangre seca. Luego siguieron viaje. ¿Hacia dónde? No quería ir al convento. Aunque no lo conocía, sabía que no era eso lo que quería para su vida. No quería casarse con Dios, quería su libertad, pero, ¿a qué precio la conseguiría?

LAS DECISIONES TOMADAS HOY SON LA COSECHA DEL MAÑANA

Pocas palabras, muchas emociones. Los siete pasajeros tenían en común no saber qué sería de sus vidas de ahora en adelante.

Los primeros indicios de poblados comenzaron a aparecer. Juana se incorporó, se acomodó en su rincón, abrazó las barandas gastadas de la carreta y apoyó el mentón sobre los brazos. Sus ojos redondos miraban todo con atención. La humedad sugería la existencia de un río cerca.

Luego de un rato comenzaron a transitar una calle pequeña y rota. Parecía que con cada salto que daba, el carro se desarmaría completamente. Lo novedoso del lugar atrajo la atención de Juana, a quien no le alcanzaba el giro de los ojos para mirar todo. Las casas eran blancas, estaban una pegada a la otra, con tejas rojas y flores en las ventanas. Las personas se vestían raro y caminaban de a dos o tres. Habíaregoneros con largos palos cruzados en la espalda y cargados de plumeros. Mulas con alforjas por todos lados, algunas llevando agua, otras, leche.

Llegaron a una iglesia. Era muy grande comparada con aquella en la que rezaban todos los días. Cada uno bajó con su bolsa en la mano mientras miraban expectantes para todos lados.

Un cura, con el ceño fruncido, y sin sonrisas ni preámbulos, salió a recibirlos. Les indicó que ingresaran por la parte trasera de la capilla. Cuando ya estaban con el cura en la sacristía, aparecieron por otra puerta varios religiosos más. A los indios que viajaban con Juana les ataron las manos por detrás y se los llevaron. Los comercian-